

## CELCIT. Dramática Latinoamericana 600

# PEQUEÑO ESTADO DE GRACIA

## Enrique Papatino (Argentina)

**Premio Teatro Nacional Cervantes - Argentores 2016**  
**Beca Fondo Nacional de las Artes 2011**

*Personajes (M:3; F: 1)*

Manuel  
Juanito  
Dolores  
El Visitante

*Acción en algún paraje del noreste argentino durante la primera mitad de 1816.*

### **Cuadro Uno**

*A la vera de un rancho sórdido, un muchacho come brevas, sentado en un tronco. Es Juanito. Es un joven de unos 16 años, de fuertes rasgos mestizos. Tiene una vincha en el cabello largo. Susurra con la boca cerrada una canción india. De tanto en tanto afila un cuchillito y corta una nueva breva del racimo.*

*Se ve aparecer a Dolores, su madre, por detrás de la casa. Es una mujer de no más de cuarenta años. Su rostro carga un hastío que se contradice con su enérgico talante. Atraviesa el escenario en silencio, en actitud atareada y disgustada, y desaparece por el lateral opuesto.*

*Juanito percibe su enojo, pero no se mueve.*

*Dolores vuelve a aparecer.*

DOLORES.- ¿Has visto a la mula?

JUANITO.- No.

DOLORES.- Te la llevaste con los cubos al río.

JUANITO.- Sí.

DOLORES.- ¿Dónde la dejaste?

JUANITO.- Atada al poste.

DOLORES.- Pues no está.

JUANITO.- No puede ser.

DOLORES.- ¿Ah no? ¿Y dónde está?

*Juanito se levanta y mira por detrás de la casa.*

JUANITO.- No sé, la dejé ahí.

DOLORES.- ¿La ataste bien?

JUANITO.- Sí.

*Dolores entra violentamente a la casa y vuelve a salir un segundo después con una manta que se coloca sobre los hombros, y un cubo vacío en la mano. Mientras desaparece rezonga a su hijo, ya fuera de escena.*

DOLORES.- Se acabó el agua y no está la mula. ¿Cómo nos vamos a arreglar? Tengo que estar atenta a todo. Ya no sos una criatura. Deberías prestar atención. Ya no sé como pedírtelo.

*Su voz se pierde en imprecaciones inaudibles.*

*Juanito queda solo, clava su cuchillito en el tronco, lo desclava y lo vuelve a clavar, enojado consigo, o con su entorno. Lentamente observa las vetas del tronco y comienza a escarbar con el cuchillo como si tallara furiosamente.*

*Por detrás se ve aparecer en la penumbra a un hombre envuelto en un capote oscuro. Se acerca hasta que apenas logramos ver su figura. Es algo grueso y no muy alto. Se lo ve cansado.*

*Juanito percibe su presencia y gira sobre sí, alarmado.*

JUANITO.- ¿Señor?

MANUEL.- No te alarmes. No pretendía asustarte. *(Alza su cantimplora vacía)* Quisiera un poco de agua.

*Juanito, algo inquieto, se aproxima a la casa para buscar agua, pero de pronto se frena.*

JUANITO.- Es que, verá. Mi madre fue a buscar al arroyo.

*De pronto recuerda que tiene consigo una cantimplora.*

Puedo ofrecerle esto.

*Manuel toma la cantimplora de modo casi salvaje y bebe desaforadamente, luego se arroja agua en la cabeza. Se aproxima, es un hombre de alrededor de 45 años.*

MANUEL.- Gracias, hijo.

*Manuel devuelve la cantimplora vacía.*

Espero que no te incomode si me echo un instante, llevo dos días cabalgando.

JUANITO.- Échese, ande.

MANUEL.- Gracias.

*Pausa. Juanito observa entre alarmado y extasiado cómo el hombre se corre el capote oscuro, y exhibe, sin proponérselo, su atuendo azul con charreteras. Sus pantalones están sucios. Se arroja sobre el tronco y se quita la bota derecha.*

JUANITO.- Usted no parece español.

*Manuel sonrío.*

MANUEL.- Claro que no, hijo. Soy del ejército patriota.

JUANITO.- ¿Soldado?

MANUEL.- Sí.

JUANITO.- ¿De alto puesto?

MANUEL.- Bueno... mi caballo es más alto que los demás.

*Juanito ríe. Al hacerlo revela el sonido precioso y cristalino de la juventud. Manuel también se ríe, pero acaba tosiendo. Apoya su cabeza sobre el*

*tronco y también su pie descalzo con la pierna contraída. Su pie calzado continúa en el piso.*

JUANITO.- ¿Y viene del frente?

*Manuel lo mira.*

MANUEL.- No.

*Juanito se decepciona.*

JUANITO.- No me gusta la guerra.

MANUEL.- A mí tampoco.

JUANITO.- ¿Fue por obligación?

MANUEL.- No.

JUANITO.- No sé si le entiendo.

*Pausa. Manuel sonríe. Le señala el cuchillito*

MANUEL.- ¿Estás enojado?

JUANITO.- Estaba descargándome.

MANUEL.- ¿De qué te descargabas?

JUANITO.- De la tasca que se me armó con mi madre.

MANUEL.- ¿Qué pasó?

JUANITO.- Dejé mal atada la mula y ahora no sabemos dónde anda.

MANUEL.- Y estabas descargándote con la madera.

JUANITO.- No sabía que me había visto.

MANUEL.- No quise husmear.

JUANITO.- Me da vergüenza.

MANUEL.- No tenés porqué. Descargarse con la madera es la mejor forma de respetar a tu madre. No creo que te gustara acuchillarla a ella. Has elegido bien. Al fin y al cabo son la misma cosa.

JUANITO.- ¿Qué me quiere decir?

MANUEL.- Bueno... la madera es la madre.

*Pausa. Juanito piensa.*

JUANITO.- *(Señalando el tronco)* ¿Usted quiere decir que esa madera es mi madre?

MANUEL.- Algo así.

JUANITO.- Entonces no debería usted estar recostado allí, señor soldado.

MANUEL.- *(Sorprendido en el juego metafórico)* Caramba, tenés razón.

*Manuel se pone de pie y se arroja en el piso, apoyando su espalda contra una desvencijada rueda de carreta.*

MANUEL.- Por lo demás, encontré una mula viniendo hacia aquí. La tengo atada a mi caballo.

*Juanito se lanza al fondo del espacio y ve a su mula en la extraescena. Vuelve aliviado.*

JUANITO.- Muchas gracias.

MANUEL.- *(Juguetón)* ¿Y cómo sabré que es la tuya?

JUANITO.- *(Preocupado)* Tiene una mancha en el ojo derecho.

MANUEL.- Eso es fácil de decir. Acabás de verla.

JUANITO.- Renguea un poco atrás, en la pata derecha.

*Pequeña pausa.*

MANUEL.- La pucha. Ahora tendré que devolvértela.

JUANITO.- Le juro que es mía, señor. Se me había escapado.

MANUEL.- Todas las cosas se escapan, no hay que desearlas demasiado. Te recomiendo que no te aferres demasiado a esa mula. Si se ha escapado es porque quiere ser libre.

JUANITO.- Es mi mula.

MANUEL.- Parece que ella no cree lo mismo.

*Pausa. Juanito se sienta en el tronco, algo abatido. Comienza a dar zarpazos con su cuchillito.*

Esta vez no hay por qué agarrárselas con tu madre.

*Juanito se detiene. Alza su cuchillo y lo afila.*

¿Vas a la escuela?

JUANITO.- Antes. Ahora no hay escuelas. Desde que se fueron los españoles.

MANUEL.- Espero que pronto tengas de nuevo.

JUANITO.- No me gusta la escuela. Prefiero trabajar el grano. Mi padre trabajaba el grano. Pero se fue al frente.

MANUEL.- ¿Cómo se llamaba tu padre?

JUANITO.- Anselmo Núñez.

*Manuel congela el gesto. Juanito lo percibe.*

¿Conocía a mi padre?

MANUEL.- (*Esquivo*) No lo sé. Somos muchos los soldados patriotas.

JUANITO.- Dicen que en Ayohuma se perdieron muchas vidas.

MANUEL.- Muchas.

JUANITO.- Yo estoy seguro de que murió allí, fue después de ese día que ya no llegaron cartas.

MANUEL.- ¿Les escribía a menudo?

JUANITO.- A mí me escribía. Me hablaba mal de los españoles. Yo estaba más contento cuando estaban ellos, a pesar de que había escuelas. No había guerra.

*Pausa. Manuel permanece pensativo.*

¿Y usted? ¿Desertó?

MANUEL.- No. Me han mandado a otro destino.

*Pausa.*

Ojalá hubiera sido yo el muerto y tu padre quien te visitaba hoy. Me hubiera gustado concederte esa felicidad.

JUANITO.- Lo conoció ¿no es eso?, y está muerto.

MANUEL.- Estoy fatigado. Necesito descansar un rato para continuar mi camino.

JUANITO.- No le va a ser tan fácil esquivar a mi madre.

MANUEL.- No hay nada que pueda decirle. Dejame descansar un rato, hijo, por favor.

*Manuel se arrellana sobre la rueda y deja caer su cabeza. Se abre dos botones de la chaqueta, y deja caer la cantimplora al suelo. Tose, escupe a un costado y se pasa la manga de la chaqueta por la boca.*

*Juanito se queda mirándolo y susurra la misma canción india del comienzo. Manuel se duerme profundamente. Juanito calla y se seca las lágrimas.*

*Entra Dolores, con el cubo lleno. Al ver a Manuel se sobresalta.*

DOLORES.- ¿Quién es ese hombre?

JUANITO.- (*Reconviniéndola para que hable bajo*) Shhh. Un soldado del ejército patriota.

DOLORES.- ¿Y qué busca?

JUANITO.- Agua.

DOLORES.- ¿Le preguntaste si viene del norte?

JUANITO.- Viene del norte.

*Pausa. Dolores no puede evitar angustiarse.*

DOLORES.- ¿Sabe algo?

*Pausa. Juanito duda.*

JUANITO.- No.

*Dolores se demora mirando al hombre. Juanito le saca el cubo de agua. Pero encontró la mula. La tiene atada a su caballo.*

DOLORES.- *(Sin embargo, triste)* ¿Le dijiste que era nuestra?

JUANITO.- Sí.

*Dolores se deja caer sentada en el tronco, se quita la manta y la apoya sobre él. Se seca el sudor con el vestido raído.*

DOLORES.- Deberíamos volver al sur. Me aturde el calor.

JUANITO.- A mí me aturde el frío.

DOLORES.- Unas buenas mantas y Santas Pascuas.

JUANITO.- Papá odiaba el frío.

*Manuel tose. Dolores observa la manta que ha dejado en el tronco, la toma y se la coloca a Manuel sin mayor delicadeza.*

*Luego Dolores y su hijo quedan mirándose, sin decir nada. Parece que ambos fueran a llorar, pero no lo hacen. Dolores mira hacia el cielo.*

Los días vienen más largos. Pronto cenaremos con el cielo encendido.

¿Miraste las gallinas?

JUANITO.- Veintisiete huevos.

DOLORES.- Llévale dos docenas a Don Ataulfo. Con el resto, tortilla.

*Manuel vuelve a toser y se despierta. Al ver a Dolores se avergüenza. Se incorpora apenas, aún sentado.*

MANUEL.- Señora.

*Las flemas se le trepan. Tose un largo momento.*

DOLORES.- Me han dicho que es usted soldado de la Patria.

MANUEL.- Sí, señora.

DOLORES.- Le ruego me haga saber el paradero de Don Anselmo Núñez.

*Manuel Observa a Juanito. Éste se encoge de hombros.*

MANUEL.- Lo desconozco, señora.

DOLORES.- Tenga a bien hablar con claridad. Hace tiempo que me siento viuda.

Bueno fuera saberlo de una vez y desenterrarme el alma, que ahora me la carcomen los gusanos de la tierra.

*Ante esas palabras, Manuel se remueve de su letargo.*

MANUEL.- Conocí apenas a su marido.

DOLORES.- *(Gélida)* ¿Cuánto hace que murió?

MANUEL.- No dije que hubiera muerto.

DOLORES.- No le dé vueltas, soldado. Me lastima cuando cree protegerme.

*Pausa.*

MANUEL.- Los muertos han sido muchos. No tengo certeza para expresarle más.

*Dolores se vuelve al horizonte.*

Créame que no dudaría en decírselo. Sé bien que es mejor un duelo que un fantasma.

DOLORES.- ¿Qué ha perdido para saberlo?

*Pausa. Manuel arquea las cejas sin saber por dónde empezar a responder. La mujer continúa.*

¿Y hacia dónde marcha ahora, soldado?

MANUEL.- No estoy muy seguro.

*Dolores se ofusca.*

DOLORES.- No me gusta la gente que no habla mucho.

MANUEL.- Peor la que habla demasiado.

DOLORES.- No señor, la peor será la que miente con el pretexto de la discreción.

MANUEL.- La discreción no es un pretexto.

DOLORES.- ¿Ah no?

MANUEL.- Se es discreto por educación, por estrategia o por culpa.

DOLORES.- ¿Y cuál es su caso?

MANUEL.- Ninguno.

DOLORES.- ¿Por qué no me contesta, entonces?

MANUEL.- Por ignorancia, señora.

*Pausa.*

DOLORES.- No me lo creo.

MANUEL.- No puedo ayudarla con eso.

DOLORES.- Muy bien. Tenga a bien servirse el agua que necesite y dejarnos solos. Somos gente de trabajo y el pan no nos sobra. No podemos hacer más por usted.

*Luego de un silencio, Manuel se pone la bota que se ha quitado. Dolores toma la cantimplora del piso, la entrega a Juanito que la sostiene. Toma el cubo de agua y vierte en la cantimplora hasta llenarla. En riguroso silencio le extiende la cantimplora a Manuel.*

*Manuel se pone de pie, mortificado y con mucha dificultad, y toma la cantimplora.*

MANUEL.- Gracias.

*Se encamina hacia el fondo de la escena, dolorido y algo renqueante. Se detiene, observa a Juanito.*

*La mula, hijo.*

JUANITO.- Sí, claro.

*Juanito se abalanza detrás de la casa. Manuel queda al fondo, de cara al horizonte.*

*A lo lejos se dejan oír apenas unas voces. Entonan una canción indescifrable, acaso cantada en quechua, con agudos lamentos y golpecitos suaves de percusión.*

*Dolores no puede evitar observar a Manuel, que hablará de espaldas, hacia la inmensidad, sin mirar jamás a la mujer.*

*Durante un momento la canción apenas subraya el silencio.*

MANUEL.- No es que no quiera hablar. Le aseguro que no sé nada. Sabe, cuando llega noche se me llena la cabeza de voces. No son tan lindas como éstas. Son voces de dolor. Gentes que no he conocido más que peleando a su lado. Son tantas voces que penetran el oído como una bayoneta, rompen las ideas y los deseos en mil pedazos. Sueño que hundo mis manos en el desierto para rescatar esas vidas de la derrota, una por una, como un necio. El silencio me ha ganado. Peleamos pregonando libertad. Pero la libertad se nos ha quedado en la garganta. Y su sabor es amargo, como un deseo que no se puede concretar.

*Desde el fondo, gira para mirar a Dolores.*

*Es por eso que no sé nada.*

*Dolores está petrificada, observándolo. Se seca apenas la mejilla, ocultando las leves lágrimas que pugnan por saltar de sus ojos.*

*Juanito vuelve, activo. Al llegar siente que ha interrumpido algo y vacila.*

JUANITO.- Ya até la mula.

DOLORES.- ¿Hiciste un buen nudo?

JUANITO.- (*Fastidioso*) Sí.

*Pausa.*

DOLORES.- (*Mirando a Manuel*) Juanito.

JUANITO.- Sí.

DOLORES.- Prepararé el forraje en el establo. El soldado necesita descansar.

*Sorprendido, Juanito sonríe, corre hacia el fondo y desaparece por el lateral.*

MANUEL.- (*Lentamente*) Gracias.

*Dolores le da la espalda con suavidad.*

DOLORES.- Descanse. Tal vez mañana podrá recordar lo que necesito saber.

*Manuel sonríe tristemente y abandona la escena.*

*Dolores mira al vacío. El leve canto lejano es derrotado por el sonido de la naturaleza que crece y ensordece.*

*La luz se desvanece de pronto.*

## Cuadro Dos

*En la oscuridad absoluta se escucha el rugido seco de una fiera.*

*Al encenderse la luz Dolores lava ropa en una enorme palangana. Se la ve briososa y más desahogada. Alza las ropas y descubrimos que se trata de unos pantalones de hombre. Su rostro canta, aunque su voz no. Cada tanto sonríe sin saber por qué.*

*Se seca el sudor y mira hacia el lateral, con repentina inquietud. Continúa lavando sin percibir que se acercan, desde la penumbra, Juanito, y apoyado sobre él, Manuel, con el brazo y la cara ensangrentados.*

DOLORES.- Madre de Dios, ¿qué pasó?

*Manuel logra echarse sobre el tronco.*

JUANITO.- Un yagareté.

DOLORES.- ¿Lo alcanzó?

JUANITO.- Me alcanzó a mí. Don Manuel se puso en medio.

DOLORES.- ¿Está bien, Don Manuel?

MANUEL.- Una nada, el brazo un poco entumecido.

*Dolores le levanta el brazo. Manuel se queja.*

DOLORES.- Déjeme hacer.

*Activa, Dolores toma un trapo, lo moja en el agua y limpia la herida.*

JUANITO.- ¿Duele?

MANUEL.- Reglamentariamente. Alcanzame la alforja, hijo.

*Juanito se la alcanza. Manuel extrae una petaca y bebe un trago. Dolores le arrebató la petaca y la huele. Echa un chorro en la herida y se la devuelve. Manuel se queja por el ardor.*

DOLORES.- ¿De dónde sacó aguardiente?

MANUEL.- Un baqueano.

DOLORES.- ¿Un baqueano?

*Luego, mientras la limpia, Dolores sospecha algo y comienza a perder la calma.*

*¿Y cómo es posible un yagareté por aquí?*

*Los hombres hacen silencio.*

¿Dónde estuvieron?

JUANITO.- *(Suavemente)* En la Yunga.

*Dolores se alarma.*

DOLORES.- Padre y Señor nuestro.

JUANITO.- Don Manuel quería conocer.

*Dolores se encoleriza. Rompe una sábana para venderlo.*

DOLORES.- Juanito, andá para adentro. Tengo que hablar con el señor.

JUANITO.- La idea fue mía.

DOLORES.- Andá para adentro a revolver la sopa, que no se pase.

*Juanito, consternado ingresa en la casa. Dolores vuelve a quebrar otro retazo de sábana y se lo pone al cuello a Manuel, que por un instante se alarma. Luego descubre que la mujer está fabricándole un cabestrillo para inmovilizar su brazo.*

MANUEL.- No se la tome con él. Es un gran muchacho.

*Dolores se pone de pie.*

DOLORES.- Los yaguaretés son inofensivos, señor, salvo que se los moleste.

MANUEL.- No tuve intención...

DOLORES.- Usted es hombre. Los hombres cazan, y los yaguretés lo saben. No se va a la Yunga de visita.

MANUEL.- Nunca quise poner en peligro...

DOLORES.- Verá, Don Manuel. Desde que llegó nos ha sido de mucha ayuda. No terminaré de agradecer el modo en que ha tratado a mi hijo en todo este tiempo. Pero se equivoca si cree que voy a permitir que haga de él una persona temeraria, sin respeto por su propia seguridad. Usted es un guerrero. Muy bien, haga usted de su vida lo que quiera, pero no exponga a mi hijo.

MANUEL.- Su hijo ya es todo un hombre.

DOLORES.- No me desafíe, no me lleve al extremo de pedirle que se vaya. En mi vida ha habido solamente dos amores. Ya he perdido a uno. No busque la fiera que puede salirme de los intestinos si pone en peligro al otro.

*Manuel sonríe, fascinado. Dolores se ofusca*

¿De qué se ríe?

MANUEL.- De nada.

DOLORES.- Lo único que me falta es que se burle de mí.

MANUEL.- ¿Dónde aprendió a hablar así?

DOLORES.- ¿Qué me quiere decir?

MANUEL.- ¿Dónde estudió, Dolores?

*Dolores queda descolocada por la pregunta. Manuel sigue sonriendo, desvergonzado.*

DOLORES.- En el convento de San Miguel. ¿Por qué me lo pregunta?

MANUEL.- Porque soy impertinente.

DOLORES.- No me hace gracia.

MANUEL.- No claro, ni a usted ni a nadie.

DOLORES.- ¿Le queda claro lo que acabo de decirle?

MANUEL.- *(Sonriente)* Minuciosamente.

*Dolores gira para entrar en la casa, pero se detiene. Observa a Manuel y se le dirige con ironía.*

DOLORES.- Me permitirá, pues, una impertinencia a mí, si es tan amable.

MANUEL.- Soy todo oídos.

DOLORES.- ¿Por qué se ha quedado aquí?

MANUEL.- ¿Quiere que me vaya de una vez?

DOLORES.- Conteste lo que le pregunto.

*Pausa. Manuel se acomoda el brazo.*

MANUEL.- Porque, en realidad, no soy un guerrero.

DOLORES.- Mal soldado ha de haber sido entonces.

MANUEL.- Me hice esa fama, sí. No me obsesiona la guerra, ya que es ése el concepto que tiene de mí.

DOLORES.- No digo eso.

MANUEL.- Se le ve en la cara.

DOLORES.- ¿Y qué es lo que lo obsesiona?

*Pausa.*

MANUEL.- ¿De veras quiere saberlo?

DOLORES.- Por supuesto ¿O me cree una impertinente mediocre?

*Manuel ríe. Dolores no.*

MANUEL.- Me obsesiona la educación, la economía, la política.

DOLORES.- ¿La política?

*Manuel se pone graciosamente una mano en el corazón.*

MANUEL.- Lo confieso.

DOLORES.- ¿Y eso qué tiene que ver con que se haya quedado en este lugar alejado de la mano de Dios?

MANUEL.- No hay ningún lugar alejado de la mano de Dios.

DOLORES.- No estoy tan segura.

MANUEL.- Yo tampoco. Pero no me negará que es una frase colorida.

*Pausa.*

DOLORES.- No me responde qué tiene que ver la política con este páramo solitario.

MANUEL.- En una época fui abogado. No me atraían los litigios. Prefería pensar instrumentos para mejorar la vida. Sin embargo, hice cosas para empeorarla, como la guerra.

DOLORES.- Todos los hombres hacen la guerra tarde o temprano.

MANUEL.- Por eso mismo he tratado de evitarla.

DOLORES.- ¿Y por qué no pudo evitarla?

MANUEL.- Porque he llegado a suponer que la guerra podía ser ese instrumento para mejorarnos la vida.

DOLORES.- Eso es ridículo.

MANUEL.- Puede ser. Cada vida que se pierde es un nuevo escalón en la paradoja. El mundo se rige por la violencia. No supe elegir mejor. Se me ha hecho difícil aceptar que un poder debe destruirse con otro poder.

DOLORES.- Yo creo que está buscando excusas, como hacen todos los hombres. Ustedes van y pelean. A mí me parece que les gusta.

MANUEL.- No, señora. No a todos. Sólo que no hay otro modo de cambiar las cosas.

DOLORES.- ¿Y cómo ha hecho Jesús, señor mío?

MANUEL.- Bueno, es un extremo excepcional. Sin embargo es traicionado diariamente por quienes más dicen serle fieles. No se engañe. Se hacen los santos y son fieras.

DOLORES.- Fieras son los yaguetés.

MANUEL.- Los yaguetés no se matan entre sí. Prefieren vivir de otras especies.

*Pausa. Dolores quiere contestarle, pero no sabe cómo.*

El hombre no es así. Su naturaleza es grotesca. ¿Por qué el hombre pelea con el hombre? Yo peleaba porque creía ver el horizonte claro, y suponía que pelear era necesario. Pero ahora un animal salvaje me ataca por proteger a los suyos, y me pregunto si su naturaleza no será más noble que la mía. Entonces ya no sé si prefiero vivir entre las bestias antes que entre los hombres.

*Se produce un gran silencio. Dolores cede la tensión, a pesar suyo.*

DOLORES.- Bueno, quién sabe si un lugar como éste no termine también haciéndolo feliz.

*Dolores se arrepiente de lo que ha dicho. Manuel lo percibe pero continúa, amable.*

MANUEL.- No es tan fácil. Sin la guerra, los españoles todavía estarían aquí.

*Dolores se molesta.*

DOLORES.- Usted es un extremista. No era una vida tan mala. Al fin de cuentas no eran demonios.

*Manuel se activa como si lo hubieran insultado.*

MANUEL.- Supongamos que un día llega un soldado a su casa y le quita la mula a su hijo. Y si su hijo se resiste, el soldado le pega hasta hacerlo sangrar.

¿Usted qué haría?

DOLORES.- Dios me libre de la ocurrencia. Le clavaría un cuchillo lo más cerca del corazón que me dé el pulso.

MANUEL.- ¿No le parece un poco violento?

DOLORES.- Nadie toca a mi hijo.

MANUEL.- ¿No cree que Jesús hubiera obrado de otro modo?

DOLORES.- No me venga con disparates.

MANUEL.- Pues bien. Los españoles son ese soldado violento. Y su hijo es esa tierra que uno es capaz de defender matando.

*Pausa.*

DOLORES.- Usted es muy hábil para las palabras.

MANUEL.- No, señora mía. Si así fuera, muchos me habrían escuchado.

DOLORES.- Para eso no basta con hablar bonito. Por lo menos tendría que haber sido usted algo más que soldado.

*Pausa. Manuel se toca el brazo, dolorido.*

*Dolores lo mira de pronto. Como si una súbita iluminación le bajara a su conciencia, entiende que ha tenido en frente a alguien distinto de quien creía.*

Un momento. ¿Quién es usted?

MANUEL.- El brazo se me está entumeciendo.

DOLORES.- Déjese de vueltas. Usted no es un simple soldado.

MANUEL.- Debería echarme un momento.

*Como atravesada por un rayo, Dolores siente una revelación en su interior.*

DOLORES.- Don Manuel... *(Repite el nombre multiplicando su sentido)* Manuel...

*(Se lleva la mano a la boca)* ¡Dios mío! ¿General?

*Juanito sale repentinamente del interior de la casa. Dolores lo reprime.*

¡Andá para adentro!

JUANITO.- Me parece que está la comida.

DOLORES.- ¡Andá para adentro, te digo!

*Juanito da media vuelta, ofuscado, vuelve sobre sus pasos y desaparece.*

*Pero permanece oculto detrás de la casa.*

Usted tiene que saber algo sobre Anselmo. No me lo oculte más.

MANUEL.- Nunca se lo he ocultado. Las listas son enormes. Tardará mucho en enterarse. Pero la verdad es que si ha dejado de recibir cartas es porque debe haber caído.

*Dolores se lleva la mano a la cara y solloza. Manuel quiere levantarse para asistirle. Dolores lo detiene.*

DOLORES.- Estoy bien.

MANUEL.- Lo siento mucho.

DOLORES.- Yo no recibía sus cartas. Le escribía a Juanito. Tuvimos una tremenda pelea antes de que se fuera al frente. Me hablaba de lo mismo que usted. Malditas sean las libertades si se consiguen muriendo.

*Se recompone apenas.*

Yo me enojé mucho con él. Le dije que si se iba, ni siquiera se molestara en escribirme. Ahora estoy arrepentida. La guerra es un monstruo que devora sin mirar a quién. Se nutre de la felicidad ajena. Nos quita lo mejor que tenemos, y nos multiplica lo peor. Él, que me amaba, se fue. Yo, que lo amaba, le entregué mi odio. ¿No es ridículo?

*Juanito ha estado escuchando. Manuel lo percibe y se lo advierte a Dolores con un gesto.*

JUANITO.- Yo sabía. Yo sabía.

*Dolores se acerca a su hijo y lo abraza. El tiempo se detiene en un cuadro doloroso y conmovedor.*

*Luego Dolores se seca el llanto y echa un vistazo alrededor, como si de pronto sintiera que tiene mucho por hacer.*

DOLORES.- Ya cae la tarde. Hay que poner la mesa. El pan está horneado. La sopa lista.

*Luego de un instante de inmovilidad, los tres se entregan a la tarea lentamente, como en una ceremonia. En el más absoluto silencio, con movimientos precisos y articulados, colocan una mesa atravesando la escena, echan un mantel, colocan platos y utensilios. Sin hablarse. Sin mirarse.*

*Dolores sale del interior de la casa con la olla, Juanito trae el pan y Manuel enciende unas candelas. Finalmente los tres se sientan a la mesa sin decir palabra, pero nadie empieza a comer.*

*El vasto silencio se puebla del sonido de fuegos ardiendo y grillos impacientes.*

*Todos tienen la vista fija en el centro de la mesa, pero su mente en muy otro lugar.*

*La luz descende.*

## **Cuadro Tres**

*En la penumbra se inflama un fósforo. Al subir la luz vemos a Manuel que enciende un cigarro y observa la noche.*

*Dolores le prueba a Juanito una ropa que le ha estado confeccionando.*

DOLORES.- Estás enorme.

*Lo besa en la cabeza, Juanito se la saca de encima.*

*Dolores continúa hablando a Juanito, pero indirectamente a Manuel*  
Ojalá volvieran las escuelas. Ya habíamos aprendido muchas cosas ¿no es así?

*Fastidioso, Juanito no responde*

Pero, hay que conformarse. Ojalá me dejaras enseñarte.

JUANITO.- Hay mucho trabajo. Ahora viene el tiempo de los olivos.

DOLORES.- Ya buscás excusas, como los adultos.

JUANITO.- No, si no es que quiera trabajar en el campo.

DOLORES.- Nada de estudiar, nada de trabajar ¿Y qué haría el señor?

*Pausa.*

*Dolores advierte en el silencio de su hijo una respuesta posible y se subleva. Se vuelve furibunda hacia Manuel que, contemplativo, fuma en el fondo de la escena.*

No habrá estado usted llenándole la cabeza, General.

MANUEL.- No me llame así, me dan sabañones cuando me llama General.

DOLORES.- *(Rápida, a Juanito)* ¿Te estuvo llenando la cabeza?

JUANITO.- *(Harto)* No.

DOLORES.- ¿Y qué es eso de que no quisieras trabajar la huerta?

JUANITO.- Quisiera ir a Buenos Aires, a estudiar.

*Pausa. Dolores estupefacta.*

DOLORES.- ¿Cómo?

JUANITO.- En Buenos Aires hay muchos libros que los labradores ni conocen. Los escribieron gente que estudió mucho. Aconsejan, por ejemplo, llenar la tierra de árboles, sobre todo las tierras llanas, que tienden a secarse cuando no están defendidas por la sombra natural. Yo siempre creí que era al revés.

*Dolores se vuelve nuevamente a Manuel, afirmándose sin miramientos.*

DOLORES.- Le estuvo llenando la cabeza.

MANUEL.- Bueno, no fui yo quien descubrió ventajas en los árboles. *(Fuma)* Ojalá todos quisieran saber. No sea mezquina. Usted también quiso, y le enseñaron.

DOLORES.- No por eso tuve que abandonar mi casa.

MANUEL.- *(Siempre contemplativo)* ¿Acaso no estudió en un convento?

DOLORES.- *(Tocada)* Los españoles nos cuidaban.

MANUEL.- No mi querida, los españoles sólo cuidan a las monjas. Las demás mujeres no deben saber nada. Usted es una escapada del convento, no crea que la iban a cuidar ahora. Son otras épocas.

DOLORES.- *(Socarrona)* Ya lo creo.

MANUEL.- Y sí, créalo. Antes les tributábamos el oro.

DOLORES.- No me refiero a eso.

MANUEL.- *(Irónico)* ¿Ah no? Perdón entonces.

*Dolores ha perdido la calma, y no domina la situación, lo que le empeora el humor.*

DOLORES.- *(A Juanito)* ¿Y a dónde iría a estudiar el Señor?

JUANITO.- No revuelva la cebada, madre. Ya sé que no va a pasar.

*Pausa. Ahora Manuel observa la escena con atención.*

DOLORES.- *(Afectada)* Bueno, uno no se conforma tan fácil, ya lo sé.

JUANITO.- Claro que lo sabe ¿Usted se conformó, madre?

*Gran pausa.*

- DOLORES.- Supongo que no. Mis padres eran muy estrictos. No fue fácil.  
*(Encerrada) Pero Dios promueve la resignación.  
Intenta acariciarle la cabeza. Juanito se levanta violentamente y sale por un lateral. Dolores le habla a Manuel, mirando el lugar por donde se fue su hijo.*  
Ya ve lo que ha ganado.  
*Manuel se aproxima al centro de la escena, vehemente.*
- MANUEL.- Usted cree que todo lo que está a su alrededor busca atropellarla, quitarle lo que es suyo.
- DOLORES.- No señor, es usted quien cree eso.
- MANUEL.- Ahora estamos hablando de usted.
- DOLORES.- Yo soy una mujer sencilla, señor. Tengo mi casa y mi familia, y de no ser por su guerra, tendría también amor.
- MANUEL.- No es mi guerra.
- DOLORES.- Vaya con ese cuentito a otra parte.
- MANUEL.- ¿Se cree que es la única que ha perdido lo que ama?
- DOLORES.- Nunca dije semejante cosa.
- MANUEL.- Vamos, le gusta la complacencia, le gusta presumir una prosperidad de entre casa. No le gustaría tanto si hubiese visto cómo los maturrangos saqueaban pueblos, robaban y violaban.
- DOLORES.- Lo habrán hecho excitados por la guerra, que antes eso no pasaba. No veo por qué vaya a ocurrir ahora.
- MANUEL.- Porque el conquistador lo lleva en la sangre. Y solamente calma su sadismo cuando nadie pone en peligro sus caprichos. A usted, que ha aprendido tanto, ¿qué deberes le enseñaron? ¿Qué clase de sometimiento está dispuesta a sufrir con tal de que nadie le toque su resignación doméstica? No. Usted no es una mujer sencilla, no se equivoque. Usted tributa devoción al que pretende violarla, y eso está muy lejos de la sencillez.
- DOLORES.- Usted es un grosero.
- MANUEL.- Puede ser, pero no le quito a nadie lo que no es mío.
- DOLORES.- Déjeme en paz.
- MANUEL.- Y defendiendo lo que me quieren quitar, si es necesario, clavando cuchillos “lo más cerca del corazón que me dé el pulso”.
- DOLORES.- Termínela, o voy a tener que pedirle que se vaya.
- MANUEL.- Eso está siempre en sus manos.
- DOLORES.- Entonces váyase de una vez.  
*Grandísimo silencio.  
Entra Juanito. Le habla directamente a Manuel.*
- JUANITO.- No tenemos municiones para cazar. ¿Qué podemos hacer?  
*Manuel no contesta. Juanito percibe que algo ha sucedido mientras no estaba.  
Dolores se seca el sudor y se va, lentamente y con dignidad, al interior de la casa.*  
¿Problemas?  
*Manuel sonrío*
- MANUEL.- ¿Qué sentido tendría la vida si no?  
*Pausa.*  
Buscá unos casquetes. En mi alforja hay algo de pólvora.

*Juanito trae la alforja. Manuel busca el modo de hablar y lo encuentra con dificultad.*

Es probable que tenga que irme.

*Juanito queda demudado.*

JUANITO.- ¿Por qué?

MANUEL.- No estoy bien de salud.

JUANITO.- No creo que sea por eso.

MANUEL.- El establo ha hecho empeorar mi gota.

JUANITO.- Duerma en mi cama.

MANUEL.- No puedo aceptar eso, y tu madre tampoco.

JUANITO.- Bueno... duerma en la cama de mi madre.

*Silencio. Luego Manuel sonríe.*

MANUEL.- Creo que mi cercanía está haciéndote perder completamente la razón.

JUANITO.- Usted habla muy lindo, Don Manuel, pero no se da cuenta de nada.

Parece muy despabilado para razonar. Lindo habla. Que Europa, que el mundo ilustrado, que la independencia, que los Incas. No le voy a decir que entiendo todo lo que me dice, pero es muy lindo escucharlo. Será que cuando se habla tanto no se escucha, porque es raro que, con tanta cabeza, no se haya dado cuenta de nada.

MANUEL.- ¿Qué querés decirme, labrador?

JUANITO.- *(Con dificultad)* Mi madre lo quiere.

*Juanito acompaña sus palabras abriendo las manos, con incómoda timidez.*

*Manuel lanza una carcajada y rompe a toser.*

No veo la gracia.

MANUEL.- *(Venciendo su hilaridad)* Mi querido amiguito, hay muchas cosas que me confunden, y no quiero contagiarles mi confusión. No pertenezco a este lugar. Tarde o temprano voy a causarles problemas.

Juancito.- Además parece sordo. Le estoy diciendo que mi madre lo quiere, y yo también, claro, pero ella de otra manera. No sé cómo no se da cuenta.

MANUEL.- Yo también los quiero.

JUANITO.- ¿Y entonces qué le pasa?

*Manuel no responde.*

A lo mejor usted tiene familia, lejos.

*Manuel sigue callando.*

O usted no quiere a mi madre de la manera en que hace falta.

MANUEL.- No es eso, no.

JUANITO.- Mi padre me enseñó que labrar la tierra es como labrarse uno mismo, porque mientras se pasa el arado uno no puede evitar ponerse a pensar en cosas. Y yo, señor, vengo pensando mucho en usted y en mi madre. Al principio me daban ganas de vomitar, o de matarlo. Flor de julepe me dio ver que empezaban a llevarse bien. Pero me parece que ahora me da más miedo que se lleven mal. Usted es importante para ella. Para mí también, pero no es lo que quiero decirle. A lo mejor esta vida es muy poco para usted. Hasta es muy poco para mí, así que imaginesé. Pero me gusta pensar que todos tenemos algo bueno al alcance de la mano, y que tenemos que esforzarnos para verlo.

MANUEL.- Estás hecho un sabio, amiguito.

JUANITO.- Me está cambiando de tema.

MANUEL.- No sé qué decirte.

JUANITO.- Dígame que le gustaría quedarse.

MANUEL.- Las cosas son más difíciles, mi labrador.

*Silencio. Juanito se oscurece.*

JUANITO.- Es evidente que usted no tiene lo que hace falta. Discúlpeme si lo incomodé.

*Dolores se aparece de pronto sin ser vista y los mira.*

*Manuel pone la palma sobre el hombro de Juanito.*

MANUEL.- Tu madre es una gran mujer. La admiro más de lo que he sido capaz de reconocer. Basta con verte a vos para saber quién es ella. Pero yo no tengo nada para ofrecerle. Soy un caído más, como tu padre, y ella está razonablemente harta de los caídos. Es de esperar que haya otro que la pueda honrar más que yo. Para pensar el mundo como yo lo pienso hace falta ser un poco cruel con los que se quiere. Tu mamá no se merece eso.

JUANITO.- ¿Por qué cruel?

MANUEL.- Porque se tiende a cuidar más el gallinero de los otros que el propio.

JUANITO.- Tenía entendido que se aburrió de ese mundo.

MANUEL.- Al fin de cuentas soy solamente un soldado, y he aprendido a matar antes que a querer bien.

JUANITO.- Eso tampoco se lo creo. Yo soy la prueba de que usted sabe querer.

*Manuel le acaricia la cabeza a Juanito.*

MANUEL.- Sos un muchacho formidable. Y tu madre es una piedra preciosa.

*Se escucha un leve sollozo. Los hombres descubren la presencia de Dolores. Está demudada, se arregla la blusa y se acomoda el pelo de modo casi imperceptible. Juanito se levanta de golpe.*

JUANITO.- Todavía no fui a buscar agua.

*Juanito toma un cubo, mira a Manuel y desaparece.*

*Dolores, de pie bajo el dintel de la puerta, tiene el rostro contraído por la esperanza y la angustia. Vuelve a esconder sus lágrimas.*

MANUEL.- Supongo que lo mejor para todos es que siga mi camino.

DOLORES.- Sí, lo mejor.

*Pausa. Se miran. Manuel se pone de pie. Dolores duda*

*¿Y... cuándo será eso?*

MANUEL.- Mañana mismo.

DOLORES.- *(Dubitativa)* Me parece bien.

MANUEL.- Apenas termine con las municiones de caza, estaré listo.

DOLORES.- Sí.

*Pausa. Manuel se acerca a ella.*

MANUEL.- Estoy muy agradecido con su amabilidad.

DOLORES.- Soy yo quien le agradece.

*Pausa. Manuel le toma la mano y se la besa.*

MANUEL.- Es usted una madre magnífica. Siga así, por favor.

DOLORES.- Se lo prometo.

*Manuel tarda en soltarle la mano, y cuando lo hace ella amaga a tomársela de nuevo, pero contrae los brazos. Se seca las lágrimas, ya evidentes.*

*Ambos se comportan como adolescentes que están descubriendo los sentidos.*

*Manuel gira y se aleja levemente, pero de pronto se vuelve hacia ella. Una mutua mirada que es como un rayo los entrelaza y los funde. Ella corre a su abrazo y se besan.*

*Luego de un instante rompen a reír furiosamente.*

*La luz se desvanece.*  
**Cuadro Cuatro**

*Sobre una gran olla, Manuel está pelando papas. Entre las sombras divisamos a una figura masculina que se ha acercado con sigilo. Es el Visitante. Saluda a Manuel con el alivio de quien ha hallado algo largamente buscado.*

VISITANTE.- Mi General.

*Manuel se sobresalta apenas, observa un momento al Visitante. Luego continúa con sus papas.*

MANUEL.- La vida es demasiado imperfecta.

*Pausa. El visitante no sabe por dónde comenzar.*

VISITANTE.- Me costó mucho encontrarlo.

MANUEL.- Y a mí esconderme. Parece que su tenacidad ha sido superior a la mía.

*Pausa.*

VISITANTE.- ¿Cocinando?

MANUEL.- ¿Yo? Vamos. Serviría a la Patria si sirviera mis platos al enemigo. Estoy ayudando nomás.

VISITANTE.- ¿Y a quién?

MANUEL.- Bueno, a la cocinera.

VISITANTE.- Ya veo. ¿Y quién es la cocinera?

MANUEL.- Dolores es su nombre.

VISITANTE.- Un nombre precioso. Triste y potente.

MANUEL.- Es verdad.

*Pausa.*

VISITANTE.- ¿Y se quedará mucho rato?

MANUEL.- No tengo pensado marcharme. Al menos por ahora.

VISITANTE.- Ahá. ¿Es feliz aquí?

MANUEL.- Sería mucho decir. La felicidad vuela alto. Basta un poco de paz, algo de comunión con uno mismo y con la naturaleza. Tampoco era feliz cuando la llanura estaba llena de muertos y no podía explicarme por qué habían caído. Ahora las cosas están como ya sabemos. ¿Adónde me iría, y para qué?

*Pausa.*

VISITANTE.- ¿Tiene miedo, General?

MANUEL.- *(Grave)* Cuidado. Sigo sin tolerar insolencias.

VISITANTE.- *(Valiente)* El miedo no es deshonoroso.

MANUEL.- Es que no alcanza el coraje. Ya demasiados hombres han elegido el destino. Baldosas donde arrodillarnos a suplicar.

VISITANTE.- Me desconcierta, General. ¿No habló usted siempre del esfuerzo, del sacrificio por la gloria de la Patria?

MANUEL.- Sí. Pero no ha entendido una palabra de lo que dije. La Patria no es la gloria. En todo caso es una eterna mañana donde algo podemos aprender, *(alza una papa)* porque ya todos hemos desayunado. El resto es pasto para los cronistas.

*Pela papas frenéticamente.*

Como verá, estoy ocupado. ¿En que lo puedo servir, Capitán?

VISITANTE.- Nos hemos juntado en San Miguel. Queremos discutir un poco nuestro destino.

MANUEL.- Discutan, nomás. Pero vayan sabiendo que el destino hace lo que quiere.

*El visitante se muestra extrañado.*

VISITANTE.- Parece usted otra persona, mi General.

MANUEL.- ¿De veras? Me ha dirigido usted un gran elogio.

VISITANTE.- Lo siento, no era mi intención.

MANUEL.- Lástima que se equivoque. Sigo siendo el mismo.

VISITANTE.- Me deja más tranquilo.

MANUEL.- Me refiero a que sigo con insomnio y con el cuerpo lleno de agua, pudriéndome los músculos y la paciencia.

VISITANTE.- (*Divertido por la respuesta*) Yo me refería a me tranquiliza que su desvelo siga siendo el nuestro.

MANUEL.- No me parece, amigo mío. ¿No se desvelan ustedes acaso por una república independiente?

VISITANTE.- ¿Usted no?

MANUEL.- ¿Independiente de quién?

VISITANTE.- No sé si lo comprendo.

MANUEL.- Me comprende perfectamente.

VISITANTE.- Bueno, independiente de cualquier clase de imperio.

MANUEL.- Muy bonito... No hay modo de que una república sobreviva sin fraccionar el continente en mil pedazos. Y así la independencia es imposible. Porque el poder económico, y por lo tanto todo lo demás, dependería de Buenos Aires.

VISITANTE.- Pero fue usted quien nos indicó ese camino.

MANUEL.- Eso, en todo caso, es una libre interpretación de mis palabras. ¿Para qué me cargué encima un ejército destrozado en el norte?

VISITANTE.- Para proteger el puerto.

MANUEL.- No señor. Para proteger el norte. Y luego el sur, y el centro. Y el mar y la montaña, y luego el otro mar, y los valles calchaquies, y la tierra de los Incas.

VISITANTE.- ¿Y no es eso una gran república?

MANUEL.- No todavía.

VISITANTE.- ¿Y cuándo?

MANUEL.- Cuando la independencia sea firme.

VISITANTE.- ¿Y qué supone que seamos mientras tanto?

MANUEL.- Algo que asegure, antes que nada, un gobierno y una economía independientes de España, y sobretodo de Inglaterra.

VISITANTE.- ¿Y cómo?

MANUEL.- Una monarquía parlamentaria.

*El visitante queda perplejo.*

VISITANTE.- ¿Monarquía?

*Manuel lo mira de reojo.*

MANUEL.- Parlamentaria.

*Pausa. El absurdo de la idea nubla al Visitante.*

VISITANTE.- ¿Pero es que vamos a divorciarnos de un déspota para casarnos con otro?

MANUEL.- No señor. Un parlamento aconseja a un rey, y el rey no es ni español, ni británico.

VISITANTE.- ¿Qué sería entonces?

*Manuel levanta una papa y la mira con curiosidad, le saca un brote.*

MANUEL.- Inca.

VISITANTE.- ¿Inca?

MANUEL.- Inca.

VISITANTE.- Usted ha perdido el juicio.

MANUEL.- ¿Se da cuenta de por qué no quiero hablar con ustedes? La casa de los Incas es la madre natural de estas tierras, y nosotros sus hijos, mal que le pese. No es momento de republiquetas aisladas. Es momento de que la independencia se declare en nombre de Sudamérica, completita, como la ha visto en el mapa. De lo contrario, en el futuro Jujuy, La Paz y Lima estarán en países diferentes.

VISITANTE.- Eso es una exageración.

MANUEL.- ¿Le parece?

*Pausa. Manuel lo mira apenas, sonriendo socarronamente.*

VISITANTE ¿Y por qué no viene usted mismo a proponerlo, si está tan convencido?

MANUEL.- Porque no puede uno llevar adelante sus ideas si sus propios compañeros le cambian el sentido. El sentido de las cosas se halla o se persigue, pero no se inventa. No, mi amigo. Discutan tranquilos, no haría más que enturbiarles la tertulia con mis provocaciones.

*El visitante se pone en marcha, visiblemente confundido, molesto y angustiado.*

VISITANTE.- No le entiendo bien, y no quiero importunarlo. Discúlpeme General. Le pediré llenar la cantimplora, me espera una larga cabalgata.

*Pausa.*

MANUEL.- No sea omnipotente ¿Por qué no descansa hasta mañana? El cuerpo se las cobra, yo sé lo que le digo. ¿Ha comido algo? Le prometo que no voy a cocinar.

VISITANTE.- Le agradezco, pero necesito llevar su negativa urgentemente.

MANUEL.- Nada hay tan urgente que se nos vayan a caer los godos de la noche a la mañana. Quédese hasta el alba.

*Entra Juanito con unos casquetes de lata.*

JUANITO.- Don Manuel, no alcanzó la pólvora para llenar éstos...

*Al ver al Visitante Juanito se calla.*

MANUEL.- *(Al visitante)* Capitán, le presento a Juan Núñez.

VISITANTE.- Mayor gusto, joven.

JUANITO.- Buenos días, Capitán.

MANUEL.- El Capitán ha tenido la gentileza de venir a saludarme. Te ruego que le hagas lugar en el establo. Hoy comerá con nosotros y mañana partirá.

JUANITO.- Como ordene, señor.

*Juanito saluda apenas con su birrete y sale.*

VISITANTE.- Veo que tiene usted su pequeño cuartel aquí.

MANUEL.- Dios me libre. Esto es un oasis. No sé cuánto durará.

VISITANTE.- Entonces tampoco piensa quedarse.

MANUEL.- No es que quiera irme. Se trata de cuánto tiempo tardarán los maturrangos en sacarnos todo.

VISITANTE.- Acaso nunca nos saquen nada, si obramos a tiempo.

MANUEL.- Les deseo suerte.

VISITANTE.- Lamento decírselo de este modo, pero me ha decepcionado, mi General.

MANUEL.- No se lamente. Siempre aprecié que no me adularan.

*Pausa. Manuel examina los casquetes que le dejó Juanito. Observa al Visitante, que se sale de la vaina por hablar.*

Vamos, despáchese.

VISITANTE.- No quisiera parecer insolente.

MANUEL.- Despáchese, le digo.

VISITANTE.- (*Lentamente*) ¿Me equivoco, o se ha pasado toda su vida huyendo de la comodidad para impulsar sus ideas?

MANUEL.- No se equivoca.

VISITANTE.- Me irrita verlo así, retraído, mustio, dejando que el reloj corra sin hacer nada para acelerar el futuro. Fue usted quien me recibió en el ejército diciendo que no valía la pena vivir si no era por la libertad. Y que los recursos de esa libertad eran la instrucción y la economía.

MANUEL.- Y la prudencia.

VISITANTE.- Pero lo suyo no es prudencia, señor. Me disculpará. Es flaqueza. No se supone que nos emancipemos del imperio pelando papas.

MANUEL.- La papa es americana, y ha cambiado la economía entera de Europa, no la subestime, mi amigo.

VISITANTE.- Sospecho que me está tomando para la jarana, mi General.

MANUEL.- No, le estoy hablando de economía.

VISITANTE.- Y yo le estoy hablando de ganar la guerra.

MANUEL.- La guerra es economía.

VISITANTE.- Pues economice muertos en vano, señor. Si usted habla, tiene un arma que pocos pueden vencer. Entúrbienos la tertulia, ¿por qué no? Háblenos de monarquía, si ese es el mejor modo de independizarnos, háblenos de los Incas, ¡háblenos de lo que se le canten las pelotas!

*Manuel detiene su actividad, mira al suelo con actitud inescrutable.*

*Pausa.*

*El Visitante se arrepiente del exabrupto, pero no sabe si debe decirlo.*

No quiero imaginarme la vida si debo esconderme de los que nos saquean. No quiero imaginarlo vencido. Antes lo prefiero muerto.

*De pronto, Manuel retoma el cuchillo y continúa.*

Me gustaría descubrir que me está tomando el pelo. Que está agazapado, esperando el momento oportuno para herir la vanidad de los sarracenos.

MANUEL.- Pues verá, por ahora estoy pelando papas.

VISITANTE.- (*Harto*) Y yo estoy perdiendo el tiempo.

MANUEL.- Con todo respeto, Capitán, usted no sabe demasiado sobre eso. En cambio yo soy un experto. Puedo darle algunas lecciones. He atravesado todas las instancias del tiempo, incluso la amargura de perderlo. Sepa que hay grados peores.

VISITANTE.- (*Irónico*) ¿Ah sí?

MANUEL.- Desde luego.

*El visitante se sienta, algo ofuscado.*

VISITANTE.- ¿Podría usted disipar mi ignorancia?

*Manuel mira una papa con atención y le quita una mancha.*

MANUEL.- Verá. En ocasión de vencer en Salta, la Asamblea me premió con cuarenta mil pesos oro. ¿Lo sabía, Capitán?

*Pausa. El Visitante no comprende bien.*

VISITANTE.- No.

MANUEL.- Pues bien, no quiero dinero para mi vida personal. Emplear así el dinero, si quiere un ejemplo económico, me parece una pérdida de tiempo. Entonces lo destiné a la construcción de cuatro escuelas de primeras letras en distintas provincias. ¿Está enterado de que el gobierno central haya construido al menos una?

*El visitante no responde.*

Sí, sí, acertó, Capitán. No lo ha hecho, y no parece probable que lo vaya a hacer. ¿Es que acaso se empleó el dinero para abastecer los ejércitos? Ya sabe que no. ¿Alguna unidad sanitaria? Tampoco. He aquí un ejemplo político de cómo perder el tiempo.

*Hurga en la bolsa.*

Me he quedado sin papas, alcánceme esa bolsa por favor.

*El visitante, desorientado, le alcanza otra bolsa. Luego observa el canasto con las papas ya peladas.*

VISITANTE.- *(Por las papas)* ¿No será mucho?

MANUEL.- Dolores está haciendo un guiso para la comunidad aborígen.

VISITANTE.- Comprendo.

*Manuel retoma la tarea y el discurso.*

MANUEL.- Pero entendámonos, no quise presumir que no me interesa mi bienestar particular. Estaba invirtiendo. Cualquier comerciante sabe que es mejor invertir que presumir. Y lo que se invierte en educación vuelve en ideas.

VISITANTE.- Pero ese no es motivo para abandonar la lucha.

MANUEL.- ¿No? ¿Entonces qué sucedió cuando les pedí refuerzos, agua, municiones?

*El visitante no responde.*

La respuesta es sencilla. Perdí el tiempo. Creyéndome diferente, hice lo mismo que ellos. Brindé un irónico ejemplo político de cómo perder el tiempo. Entonces me he puesto a pelar papas, en la seguridad de que el tiempo que me insuma estará invertido en la salud del pueblo aborígen que, como le dije, es el verdadero pueblo de la Patria. *(Socarrón)*

¿Realmente le parece que tiene algún sentido proponer al congreso una monarquía Incaica? No, mi amigo, no tengo ganas de perder más tiempo. En cuanto a usted, Capitán, si realmente le parece que le estoy haciendo perder su tiempo, *(le extiende el cuchillo impetuosamente)* ¡aprovéchelo! Ayúdeme que todavía me queda mucho.

*Pausa. El Visitante sonrío a medias, como si reconociera en lo que escucha a aquel Manuel que extrañaba. No demasiado convencido toma el cuchillo, alza una papa y comienza a pelarla torpemente. Manuel se pone de pie. Que la cáscara quede transparente. Economía, Capitán. La comunidad aborígen es enorme. No podremos educarla con la panza vacía. Voy por otro cuchillo.*

*Manuel ingresa a la casa. El visitante se mira a sí mismo pelando papas, y sonrío.*

*Por el lateral opuesto ingresa Dolores, cargando dos ollas vacías de gran tamaño. Al ver al Visitante. Se sobresalta. El Visitante se pone de pie.*

DOLORES.- ¿Señor?

VISITANTE.- Usted debe ser Dolores.

DOLORES.- *(Desconcertada)* Sí.

VISITANTE.- Permítame que le ayude.

*El visitante toma la más grande de las ollas, pero no sabe qué hacer con ella.*

DOLORES.- Déjela allí por favor.

*Escruta al Visitante de arriba abajo.*

¿Es usted compañero de Manuel?

VISITANTE.- Subordinado.

DOLORES.- ¿Y a qué ha venido?

*El visitante duda.*

VISITANTE.- A ayudar con el guiso.

DOLORES.- Pues no lo veo pelar.

*El Visitante se sienta, sonriendo como un borrico estúpido, y se pone a pelar papas.*

La cáscara más delgada, por favor.

VISITANTE.- Sí señora.

*Pausa.*

Hermoso lugar.

DOLORES.- Sí, cuando no se molesta a las fieras.

VISITANTE.- ¿Hay mucho animal salvaje por aquí?

DOLORES.- Los necesarios. Las papas brotadas póngalas aparte, por favor.

VISITANTE.- Sí, señora.

*Pausa.*

DOLORES.- ¿Ha venido a buscarlo, no es así?

VISITANTE.- ¿Cómo dice?

DOLORES.- No se haga el idiota, que no tiene cómo.

VISITANTE.- Usted quiere saber el motivo de mi visita.

DOLORES.- Su sagacidad me deslumbra.

*Pausa.*

VISITANTE.- Pues bien. He venido a darle noticia de algunos asuntos.

DOLORES.- Hábleme con claridad, General.

VISITANTE.- Capitán, tan solo.

DOLORES.- Lo escucho.

VISITANTE.- No sabría por donde comenzar.

*Atemorizado, el Visitante ha continuado pelando mientras mira a Dolores, y se corta un dedo.*

DOLORES.- Es usted un poco fanfarrón. ¿Qué se mete a hacer lo que no sabe?

*Toma un trapo, lo moja en un balde y se sienta a su lado, para vendarle el dedo.*

No es que Manuel sepa mucho, pero tiene un alto sentido del gasto público. Así que se esforzó por mejorar. En cambio usted, Capitán, parece otro derrochador inconsciente.

VISITANTE.- Gracias.

*Dolores lo mira sin comprender.*

Por el vendaje.

*Dolores se acomoda.*

DOLORES.- Ahora sí, lo escucho con atención.

VISITANTE.- Son asuntos de política, no sé si me sabré explicar.

DOLORES.- (Leve) ¿Se tratará, tal vez, de ese arreglo que están tramando en San Miguel para declarar la Independencia de la Madre España y enredarse con las formas de gobierno?

*El Visitante queda anonadado. Dolores lo mira de reojo.*

No sé qué les sorprende a los oficiales cuando una mujer no es lo suficientemente estúpida. Se sienten disminuidos. Se taran. Les sube la fiebre si son descubiertos con las manos en la masa. Pero somos las mujeres quienes amasamos. Nunca se olvide, Capitán.

*Dolores se pone de pie.*

Y algo más. Manuel es un hombre enfermo y desdichado. En esta estepa ha encontrado paz. Usted será responsable de lo que le suceda si lo convence de volverse al felpudo de la política.

*Manuel vuelve del interior de la casa con su cuchillo.*

MANUEL.- Ah, aquí estás. Supongo que se habrán presentado.

DOLORES.- Sí. Hablábamos de masas.

*Manuel hace silencio y opta por no preguntar. Los tres se miran y se sienten un poco idiotas.*

MANUEL.- (A Dolores) ¿Has hablado con Pollito y los otros chicos?

DOLORES.- Al caer el sol estarán aquí.

MANUEL.- Bien Capitán, tenemos que terminar estas papas.

*Dolores se encamina a la casa, pero se detiene, observa al Visitante, le toma la cabeza a Manuel y le da un beso apasionado. Manuel la deja hacer, algo pasmado. El Visitante se rasca la cabeza. Progresivamente se siente más molesto.*

*Dolores toma las cacerolas y se mete en la casa.*

*Manuel se sienta y retoma la tarea.*

MANUEL.- Así que... masas. ¿Política o cocina?

*El visitante se levanta sin responder, deja el cuchillo sobre el tronco. ¿Ya me abandona?*

VISITANTE.- Necesito echarme un momento, he cabalgado demasiado.

MANUEL.- (Alzando las cejas) Vaya, pues. Juanito ya ha de haber preparado sus fardos.

*El visitante da pocos pasos con mucha lentitud y se vuelve sobre sí mismo para hablar nuevamente, en actitud decidida.*

VISITANTE.- No me va a engañar, General. Sus argumentos parecen profundos, pero no creo que lo seduzca que se le queden atragantados. Ahora bien, si le complace regodearse en la derrota, allá usted. Pero no se confunda. Su autocompasión no es profundidad. Antes parece un precipicio.

*Pausa. Manuel no responde. El visitante desaparece con rumbo al establo.*

*Al quedarse solo, Manuel clava violentamente el cuchillo en el tronco, y se friega la frente con la palma de la mano.*

*La luz desaparece.*

## **Cuadro Cinco**

*Es la madrugada. Cantan algunos pájaros.*

*Manuel, que se ha levantado, está sentado en el tronco, de espaldas. La vaga luz de la noche lo baña con timidez.*

*Dolores sale de la casa con el capote de Manuel sobre su enagua.*

*Notamos que acaba de despertarse.*

*Se acerca a Manuel, se sienta junto a él y le acaricia la cabeza.*

*Manuel mira hacia el cielo y luego a Dolores. Se incorpora apenas para mejorar la posición de su espalda y se toma el costado, dolorido. Sin la menor palabra, se friega los ojos, y luego acaricia la mejilla de Dolores, que se arrellana en el pecho de Manuel. Luego de un momento.*

MANUEL.- La luna te sienta bien.

DOLORES.- ¿Qué hacés acá en lugar de venirte a la cama?

MANUEL.- Pienso, pavadas.

DOLORES.- No pienses más.

MANUEL.- Me gustaría tanto.

*Silencio. La amargura les recorre el gesto mientras están abrazados. Dolores mira hacia el establo.*

DOLORES.- ¿A qué hora se va?

MANUEL.- En un rato, con la aurora.

DOLORES.- ¿Te vas con él?

*Pausa.*

MANUEL.- No.

DOLORES.- Pero quisieras.

MANUEL.- Nunca supe muy bien lo que quiero. ¿Por qué lo voy a saber ahora?

*Dolores le toma la mano y se la coloca sobre su propio pecho.*

DOLORES.- Porque ahora tenés algo que antes no tenías.

*Pausa.*

¿O estoy soñando?

MANUEL.- No.

*La besa apenas.*

Quisiera ser uno que ha llegado con la cabeza fresca y ha formado un hogar. Uno cualquiera que te abrazara, te desnudara y te besara hasta templarte tanto la boca, que solo le entraran las sonrisas. En cambio soy éste, que te perturba, que con su mano quiere llevar caricia, y lleva puño.

*Dolores le cierra la boca con el dedo.*

DOLORES.- Es mejor que te echés un rato.

*Manuel se levanta, camina lentamente hasta entrar en la casa.*

*Al quedar sola, Dolores se seca las lágrimas. Levanta la bolsa de papas para ponerla a resguardo.*

*Del establo surge el Visitante y sorprende a Dolores.*

VISITANTE.- *(Saludando)* Ave María.

DOLORES.- Sin pecado concebida. Buenos días, Capitán.

VISITANTE.- Es hora de partir. Me gustaría despedirme del General.

DOLORES.- A Manuel no le gusta que lo llamen así. Por lo demás, acaba de irse a dormir.

VISITANTE.- ¿Recién?

DOLORES.- Ha estado trabajando toda la noche. Le daré sus saludos, Capitán.

VISITANTE.- Me parece mejor esperar a que se levante. No se saluda a un superior por interpósita persona.

DOLORES.- Manuel ya no es su superior.

VISITANTE.- Eso me lo tendrá que decir él mismo, señora.

DOLORES.- Se lo digo yo. Tendrá que conformarse.

VISITANTE.- Si lo prefiere, me marcho y vuelvo más tarde.

DOLORES.- ¿Es que no se va a detener, no es así? ¿Por qué no lo deja en paz?  
*Señala violentamente hacia la casa.*

Ese hombre ha hecho mucho por usted y por todos. Mucho más de lo que usted mismo hará nunca.

VISITANTE.- Justamente por eso es imprescindible.

DOLORES.- ¡Por el amor de Dios! Es un hombre enfermo.

VISITANTE.- No me lo llevo a la guerra, señora. ¿Qué clase de mundo se imagina si los que tienen el poder de mejorarlo se quedan en casa?

DOLORES.- Muerto no le servirá a nadie.

VISITANTE.- Unas pocas palabras al congreso no le van a hacer daño.

DOLORES.- Está equivocado. A esas palabras seguirán negativas, y a las negativas seguirán más guerras. No sobreviviría a esa decepción.

VISITANTE.- ¿Y sí va a sobrevivir cuando vea cómo fracasa el trabajo de toda su vida?

*Pausa.*

DOLORES.- Pues daré lo mejor de mí para que así sea.

*Sale Juanito del interior.*

JUANITO.- ¿Todo bien, madre?

DOLORES.- Sí. El Capitán ya se iba.

JUANITO.- No vaya a agarrar el camino de los olivos, que iría a parar directamente a la selva. Salvo que prefiera servir de almuerzo a los yaguaretés.

VISITANTE.- Lo tendré en cuenta.

JUANITO.- Y llévese agua, el camino a Tucumán es arduo y no tiene ríos cercanos.

VISITANTE.- *(Habla intencionalmente fuerte)* Gracias, Juan, pero volveré al mediodía para despedirme del General.

JUANITO.- No vemos muy bien por aquí que se lo llame de ese modo. Bastará un Don Manuel.

VISITANTE.- *(Fuerte)* Esperaré a que el General me otorgue esas confianzas.

JUANITO.- Yo que usted pensaría muy bien si volver o no. Frente al Aconquija los caminos se dividen, y cuando se vuelve es necesario ser baqueano para no perderse.

VISITANTE.- Gracias muchacho. Llegué una vez, puedo hacerlo de nuevo.

*Del interior sale súbitamente Manuel, se toma del marco de la puerta.*

MANUEL.- No va a ser necesario.

*Pausa. El visitante sonrío, como si hubiera logrado su objetivo. Luego de un instante le hace un saludo militar, como no se lo ha hecho desde que llegó.*

VISITANTE.- General. Tanía entendido que fue usted a reposar.

MANUEL.- Pues me han despertado sus gritos, Capitán.

VISITANTE.- Sabrá excusarme. Estoy urgido por volver con su respuesta.

MANUEL.- Nada me ha preguntado, Capitán. Ninguna respuesta podrá llevar.

*Pausa. La proposición de Manuel deja a todos bastante confundidos. El Visitante prueba.*

VISITANTE.- Quisiera saber si acudirá al Congreso de diputados a celebrarse en Tucumán.

MANUEL.- No veo cómo. No soy diputado, no entiendo el motivo de su consulta.

VISITANTE.- Se le permitirá hacer uso de la palabra como congresal.

MANUEL.- ¿Cuándo comienzan las sesiones?

*El visitante parece esperanzado. Dolores y Juanito observan a Manuel al borde del horror.*

VISITANTE.- El primero de Julio.

*Pausa. Manuel sonrío.*

MANUEL.- Pues que les vaya muy bien, Capitán. Espero enterarme muy pronto de buenas nuevas. Vaya con Dios.

*El visitante no se mueve.*

VISITANTE.- ¿Desea usted que lleve su propuesta de Monarquía Incaica?

MANUEL.- Si lo desea. Pero se reirán de usted.

VISITANTE.- ¿Por qué no viene y lo expone personalmente. De usted nadie osa reírse.

MANUEL.- ¿Nadie?

*Se le acerca, desafiante.*

¿Sabe lo que pasaba en el ejército del norte? No había estandarte.

VISITANTE.- Pero usted les dio una bandera. Más a mi favor. ¿No se da cuenta de que lo necesitamos?

MANUEL.- ¿Y sabe lo que pasó con esa bandera?

VISITANTE.- No.

MANUEL.- Me ordenaron quemarla, para que no se asusten los propios enemigos. Nos han mandado al matadero para hacer tiempo, a ver cómo se las ingenian para ser una colonia mercantil inglesa. ¿Y usted dice que nadie osa reírse de mí? Créame que son capaces de reírse a mandíbula batiente.

VISITANTE.- Sin embargo...

*Manuel se le aproxima más y detiene su discurso con una mano en el hombro.*

MANUEL.- Que la virgen lo proteja en el camino.

*Pausa.*

*En un híbrido de desazón y orgullo, el visitante saluda y se retira.*

*Juanito y Dolores observan a Manuel. La sonrisa, que empieza a no caberles en la cara, se les borra al verle el gesto.*

*Hastiado y vencido, Manuel se sienta.*

Creo que hoy no voy a trabajar.

*Dolores descubre que las cosas no son como aparentaban. Con una repentina mueca feroz, opta por activarse y eludir la tristeza con un enojo evidente. Levanta unos trastos y desaparece.*

JUANITO.- He terminado todos los casquetes. Mañana podemos cazar.

MANUEL.- *(Ausente)* Qué bien.

*Pausa.*

JUANITO.- Es una muy buena noticia que se quede con nosotros.

*Pausa. Manuel no responde. Juanito no sabe qué decir.*

Ayer los chicos estaban contentos con el guiso. Pollito me encargó que le agradeciera.

MANUEL.- Pollito es un indio generoso. El trabajo ha sido de tu madre.

JUANITO.- No todo. Hasta el Capitán ayudó.

*Pausa. Manuel le sacude la melena, afectuosamente.*

MANUEL.- Te esperan tiempos difíciles.

JUANITO.- ¿Qué me quiere decir?

MANUEL.- Si se declara la independencia, habrá que terminar de sacar a los españoles, y si se logra, muchos van a querer el poder. Va a haber guerras civiles. Tendrás que decidirte por un bando.

JUANITO.- No me pienso mover de mi casa.

MANUEL.- Eso es fácil de decir, pero cuando vengan por tu tierra, vas a sacar todos tus colmillos. Yo sé lo que te digo.

JUANITO.- Estaremos juntos para echarlos.

*Pausa. El rostro de Manuel lo dice todo.*

MANUEL.- Me queda muy poco, Juanito. La sangre se me vuelve agua y estoy deshaciéndome lentamente.

JUANITO.- Madre lo va a cuidar.

MANUEL.- Ella no puede detener lo que va a pasar. Ni vos. Y está visto que ni yo mismo. Nuestra tierra es un gran portal que no sé si se está abriendo o se está cerrando. Pero si sé que nos ha tocado ser la bisagra.

JUANITO.- ¿Se va a ir, Don Manuel?

MANUEL.- Tarde o temprano. Aunque no vaya a Tucumán, mis días están contados.

JUANITO.- ¿Y usted qué sabe? Ha mejorado mucho desde que vino.

MANUEL.- No, hijo. Cada día escupo más sangre.

*Juanito se alarma, pero lo oculta.*

JUANITO.- Qué importa cuánto le quede. Pudo haber muerto en cualquier batalla. Cada día nuevo es un día ganado. No se deje entristecer.

MANUEL.- Parecés un adulto. O ya lo sos, qué tanto.

JUANITO.- Le debo mucho, Don.

MANUEL.- No, amigo. Soy yo quien te debe mucho.

JUANITO.- Mi vida no sería la misma si usted no hubiera venido.

MANUEL.- Yo tengo dudas de si te hice bien.

*Juanito se levanta, inquieto y de pronto huraño. Se saca la vincha y la deja caer sobre el tronco.*

JUANITO.- ¿Y mi madre?

MANUEL.- ¿Qué pasa con ella?

JUANITO.- ¿No sabe que la va a lastimar si se va?

MANUEL.- Yo te dije que eso iba a pasar.

JUANITO.- No me importa lo que me dijo. Tiene que poder elegir. Muerto no le sirve a nadie.

MANUEL.- De ese juicio no se salva ninguno, amigo.

JUANITO.- Quédese hasta que se ponga malo. Va a ocurrir dentro de mucho, se lo prometo.

MANUEL.- Pocas cosas me gustarían más. Pero cuando te arde el pecho hay que salir a galopar para no morirte de pena. Si no lo hago, el modo en que puedo morir puede ser mucho peor.

JUANITO.- Pero Don Manuel...

*Manuel se pone de pie y se acerca a Juanito. Lo abraza como un oso entristecido y rabioso. Sus lágrimas se le escapan. Juanito lo separa lentamente. Lo mira a los ojos.*

¿Qué quiere, que le agradezca? No señor. Me dio demasiado para quitármelo de golpe. Tiene razón cuando dice que los problemas dan sentido a la vida. Pero hay sentidos chiquititos que yo prefiero, ¿sabe soldado?

*Le extiende la mano, fríamente. Manuel se la estrecha lentamente.*

Le deseo que muera en paz. Mucha más de la que supo tener cuando vivía.

*Juanito da media vuelta, y se mete en la casa. Al hacerlo se topa con Dolores, que sale. Continúa atareada y hostil. Manuel la sigue con la mirada.*

*De pronto se detiene junto a él. Le sobreviene un sollozo. Se le cae lo que trae en la mano.*

DOLORES.- Te quiero, estúpido. Y no sé por qué.

*Manuel se pone de pié y la observa. Una terrible mueca le atraviesa el semblante.*

MANUEL.- Porque querer es recibir la curva cuando baja.

DOLORES.- *(Suave)* Callate.

MANUEL.- No voy a dejar que te hundas en mi pantano. Mi tiempo es irrisorio.

DOLORES.- No hay nada infinito.

MANUEL.- Pero antes del fin puedo ofenderte. Y eso no me lo voy a permitir.

DOLORES.- Nunca podrías ofenderme.

MANUEL.- Puedo ofenderte cada brevedad, cada espera, cada respiración. Puedo ofender el olor de tus pechos, de tu desnudez, de tu calor. Puedo ofender tu entusiasmo y destruirlo sin decir una palabra. Puedo hacer todo eso, solamente con dejar que el tiempo pase.

*Dolores se toma la boca y contiene un sollozo. Respira hondo.*

DOLORES.- No soy fuerte. Doy la impresión de que si el mundo entero se arrojara contra mí resultaría lastimado. Pero no es así. En el fondo de mi corazón tiemblo como el pasto crecido. No me lastimes más. Lo que tengas que hacer, hazlo ahora.

*Dolores, en el colmo del dolor y la ofuscación, inicia su retirada. Pero vuelve sobre sí y se arroja sobre él. Lo besa apasionadamente. Luego se suelta y le descerraja un violento cachetazo.*

*Luego se sacude el vestido con odio infinito y sale.*

*En el fondo entrevemos al Visitante. Se acerca lentamente. Manuel lo ve y no se sorprende.*

*Dentro de la casa. Juanito entona su canción india, apenas susurrada.*

VISITANTE.- Su caballo está listo, General.

MANUEL.- Ya no me llame así, se lo ruego. El militar protege con violencia. Es ése su misterioso oficio. Ya no puedo hacer eso. Lo relevo de su obediencia. No me llame General.

VISITANTE.- Así será.

MANUEL.- Siempre odié el campo de batalla, pero creí que algo había detrás de ese horror. Ahora no podemos saber si estaba equivocado, si es todo absurdo y tarde o temprano nos caerá la decepción como un rayo. O si la razón no la tienen los otros al bajarse los pantalones y dejar que el mundo siga como estaba.

VISITANTE.- Usted me ha enseñado que los únicos pasos inútiles son los que no se dan.

MANUEL.- Filosofía de tertulia. Ya verá cómo terminarán por usar esas palabras como excusa para matar.

VISITANTE.- No me permito creer en asesinos difusos. Hemos tratado de construir una Patria desde la oscuridad. Algo bueno tiene que salir de allí.

MANUEL.- ¿Le parece? Eso decían mis amigos, y han muerto despreciados.

VISITANTE.- Si lo vengo a buscar es porque se lo aprecia.

MANUEL.- O porque los asesinos no son difusos, sino perfectamente definidos.

*Pausa.*

Me perdonará, estoy un poco perturbado. Dios me ha concedido pocos momentos de lucidez. Estoy agradecido por eso. La lucidez es insoportable, nos vence, como un luto que se lleva en silencio. En cambio hace falta inocencia para ser audaz. Hace falta ignorar el desprecio que se siente por uno mismo. Hay que avanzar locamente, de un modo penoso que parece bendito. Porque si el dolor se nos cuela, estamos listos, Capitán.

VISITANTE.- No me llame así, se lo ruego.

*Gran silencio. Con gran dolor, Manuel se coloca su sombrero. A continuación lo hace el visitante.*

*Cabalgamos, sin mirar atrás. Que para eso estarán las pesadillas Conmovido, Manuel señala la salida, invitándolo.*

*Ambos emprenden la retirada hacia al fondo, pero al superar el tronco, Manuel se detiene. Toca un instante la madera. Luego observa la vincha que dejó Juanito, la toma consigo y la guarda dentro de su abrigo. Las dos figuras desaparecen lentamente en una penumbra que en breve se vuelve oscuridad.*

*La canción de Juanito perdura un instante en la sombra.*

**Enrique Papatino**

**Correo electrónico: [epapatino@gmail.com](mailto:epapatino@gmail.com)**

**Todos los derechos reservados**

**Buenos Aires, 2023**

**CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral**

**Buenos Aires. Argentina**

**[www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar)**

**Correo electrónico: [correo@celcit.org.ar](mailto:correo@celcit.org.ar)**